

## Orientaciones para el curso 2009-2010

Tema del año

### *La interdependencia laicos-religiosos como expresión de comunión en la Iglesia y en la Congregación*

*La interdependencia es un camino hacia la comunión a la que Jesús llama a todos sus discípulos.*

*Por otra parte, nuestro mundo globalizado nos hace tomar conciencia cada vez más de que dependemos los unos de los otros, y que nuestra interrelación es una llamada urgente a la solidaridad.*

*Las últimas modificaciones a los Estatutos de nuestra Asociación van en el sentido de una mayor implicación de los laicos en colaboración con las religiosas.*

*Todo ello ha motivado la elección del tema del año 2009-2010: La interdependencia laicos-religiosos como expresión de comunión en la Iglesia y en la Congregación.*

*Como siempre, pueden utilizar las orientaciones de la manera más adecuada a su medio y a los miembros de sus grupos. Cada uno de los cuatro subtítulos puede servir para una o varias reuniones y/o actividades.*

#### 1. La interdependencia laicos-religiosos en la Iglesia

- Leer el texto «¿Espiritualidad laica?», extractos de la conferencia de Christian Grondin (adjunto)
- Destacar los elementos que expresan la interdependencia entre los laicos y los religiosos. Comentarlos en grupo.
- Compartir experiencias eclesiales: aquéllas en que nos hemos sentido en interdependencia; aquéllas en que nos hemos retirado diciéndonos que « es asunto de sacerdotes y religiosos»; aquéllas en las que no hemos percibido que tengamos un lugar de igualdad en la Iglesia.
- Meditar juntos los dos textos siguientes: Jn 12 1-8 y Jn 13 1-5; Jesús lava los pies a sus discípulos, pero también se deja lavar los pies por una mujer: reciprocidad de amor y de servicio. Preguntarnos: ¿Qué quiere decirnos Dios a través de nuestro compartir sobre la interdependencia? ¿A qué nos está llamando?
- Comprometernos: ¿Creemos en esta interdependencia? ¿Qué puede aportar nuestra pertenencia a la Asociación FJM a esta interdependencia? Personalmente y como grupo, ¿qué pasos podríamos dar para vivir más esta interdependencia eclesial?

#### 2. El carisma y la misión compartidos en la Congregación

- Leer el texto «**Camino para compartir el carisma y la misión en educación**», extractos de una conferencia de Antonio Botana (adjunto).
- Destacar los elementos que hablan de interdependencia entre laicos y religiosos. Comentarlos en grupo.

- Compartir nuestras experiencias de participación en el carisma y en la misión de la Congregación: aquéllas en las que hemos vivido una participación real, y aquéllas de las que hemos quedado insatisfechos; experiencias de compartir entre distintos grupos relacionados con Jesús-María: profesores, antiguas alumnas, voluntarios J.M., etc.
- Meditar juntos los artículos 3, 4 y 12 de las Constituciones de la Congregación sobre la gracia carismática de la que participamos. Preguntarnos: ¿Qué quiere decirnos Dios? ¿A qué nos llama?
- Comprometernos: ¿Deseamos de verdad compartir el carisma y la misión de la Congregación? ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a comprometernos? ¿Hasta qué consecuencias prácticas? ¿Qué pasos podríamos dar personalmente y como grupo para vivir más esta interdependencia / participación en la Congregación?

### 3. La interdependencia en la Asociación FJM

- Releer los boletines de noticias de la Asociación de los últimos años. Releer también los Estatutos renovados en 2007, especialmente los artículos 1, 3, 6, 13 y 20 a 30.
- Reflexionar: ¿Podemos identificar elementos de interdependencia: entre laicos y religiosas, entre los grupos de un mismo país, en la Asociación a nivel internacional?
- Compartir nuestras experiencias personales de interdependencia en la Asociación FJM: las experiencias positivas, las experiencias insatisfactorias, las que nos hubiera gustado tener y no hemos tenido.
- Meditar juntos: elegir un pasaje de la vida de Claudina. Preguntarnos: ¿Qué quiere decirnos Dios? ¿A qué nos llama?
- Comprometernos: ¿Deseamos avanzar más en la interdependencia como Asociación? En caso afirmativo, ¿de qué manera? ¿Mayor implicación de los laicos en la Asociación a nivel local? ¿Más interacción entre los grupos de nuestra provincia/país? ¿Un interés más activo por los grupos de la Asociación FJM en el mundo? ¿Otro compromiso?

### 4. Juntos al servicio de nuestros hermanos y hermanas a la manera de Claudina

- Leer la Declaración del Capítulo general de 2007. Preguntar a las hermanas qué aplicaciones concretas ha decidido la provincia dar a esta Declaración.
- Reflexionar: entre las convicciones y compromisos mencionados, ¿cuáles podrían ser vividos en interdependencia laicos-religiosas? ¿Qué relaciones ven entre interdependencia y solidaridad? Comentarlos.
- Compartir nuestras experiencias de interdependencia en el campo del compromiso apostólico concreto al servicio de nuestras hermanas y hermanos.
- Meditar juntos el texto de Jn 10, 10 y Mt 25 31-46. Preguntarnos: ¿Qué quiere decirnos Dios? ¿A qué nos llama?
- Comprometernos: ¿A qué necesidades expresadas en la Declaración podemos y queremos responder aquí y ahora? ¿Podríamos responder juntos distintos grupos relacionados con Jesús-María (AFJM, profesores, antiguas alumnas, voluntarios J.M., etc.)?

# *¿una espiritualidad laical?*

*Extractos de una conferencia de Christian Grondin,  
Congreso AFJM, 2005*

El gran proceso de la Encarnación, que condujo a la humanidad y al universo entero hacia su pleno cumplimiento, llega, al principio de este tercer milenio, a una etapa de maduración que llama a lo inédito al conjunto del Pueblo de Dios. El Espíritu de Dios, hoy, como lo discernió la Iglesia en el concilio Vaticano II, llama con una nueva urgencia a todos los cristianos y cristianas, sea cual sea su condición de vida o su lugar en la Iglesia, a vivir radicalmente su fe, es decir, a llegar a ser santos y santas en el corazón del mundo (LG 39-42).

En este camino del Evangelio, no hay ninguna distinción, ni de clase, ni de raza, ni de género u orientación sexual, ni de edad, ni de estado de vida, ni de vocación. No hay grandes santos y pequeños santos. Sólo hay discípulos de Cristo, entregados radicalmente a la verdad de un Amor que no puede contentarse con medias medidas y que quiere alcanzar la totalidad de lo que constituye la existencia humana: la belleza del mundo, la grandeza de las relaciones humanas, de la vida familiar y de las realizaciones tecnológicas, los esfuerzos por construir una sociedad justa, la afirmación de los derechos de la persona, así como el sufrimiento de la alineación y del egoísmo que engendran la muerte.

En esta obra de humanización del mundo -o de divinización del mundo, que es lo mismo, después del acontecimiento Jesús de Nazareth-, la soledad del ermitaño, que testimonia que este mundo no encuentra su fin en sí mismo; el ministerio del Orden, que recuerda a la Iglesia y a la humanidad que no puede darse la vida divina a sí misma; el estado de vida religiosa, que contesta la tentación del mundo de instalarse en el confort y la seguridad ilusoria de los éxitos personales; y el compromiso social o político del laico, que manifiesta que el Reino de Dios no se da fuera de este mundo, son las formas de testimonio tan esenciales las unas como las otras, ni más ni menos.

## ***La experiencia espiritual de Yeshoua de Nazareth***

Refundar las comunidades eclesiales y la espiritualidad exige apropiarnos, para hoy, de las fuentes que dieron nacimiento a la espiritualidad cristiana. Esto significa: releer la experiencia fundante de Jesús de Nazareth y de los primeros discípulos, con la intención de discernir en ella las primicias de una espiritualidad capaz de inspirar una Iglesia llamada a habitar, de manera nueva, los espacios del mundo y de la secularidad.

¿Cuál fue pues, desde un punto de vista muy laical, la experiencia original de Jesús de Nazareth?

Un primer aspecto llama la atención. El hombre por él mismo escoge vivir como laico, sin ninguna atadura particular a ningún partido religioso.

Un segundo elemento no puede tampoco escaparnos: Jesús, a lo largo de su vida, se siente empujado interiormente a llevar el anuncio del Reino a lugares extranjeros y a personas consideradas como impuras, paganas, -en un cierto sentido podríamos decir, profanas o demasiado seculares, o sea, fuera del universo de la religión judía.

Su seguridad le venía únicamente de la íntima relación que vivía con su Padre, aquel a quien llamaba Abba -término arameo que recuerda la familiaridad de los niños con su padre y que ha impresionado de tal manera a sus discípulos que han conservado esta expresión original en los relatos evangélicos.

## **La experiencia espiritual de Ignacio de Loyola**

Ignacio de Loyola puede reivindicar, con razón, el título de precursor de una espiritualidad laical. Para Ignacio, ayudar a las almas, era ante todo educar a la experiencia espiritual y a la verdad del Evangelio, en todo lugar y en toda situación, porque tenía la clara conciencia de que ninguna realidad de este mundo, comprendidas las realidades más seculares o profanas, escapan a la expansión del Reino de Dios. “Encontrar a Dios en todas las cosas”, “amar y servir a Dios en todas las cosas”, buscar en todas las cosas “una mayor gloria de Dios” son algunas de las expresiones privilegiadas de Ignacio para traducir la llamada que, según él, debe oír todo cristiano.

## **Las condiciones de la llegada de una espiritualidad laical**

La primera condición es acoger su estado de laico -sea casado, soltero o formando parte de una situación de vida juzgada marginal-, como un don de Dios. El laicado no es un subproducto ni una forma mitigada de la vida religiosa o del sacerdocio. El ser-laical traduce la vocación del conjunto de la Iglesia Pueblo de Dios para servir y humanizar-divinizar el mundo. Como laicos, no participamos del carisma de una comunidad religiosa, sino que encarnamos de manera autónoma y distinta la gracia fundante de la familia espiritual con la que nos identificamos.

La segunda exigencia, para refundar laicalmente la espiritualidad cristiana y la espiritualidad de nuestra familia eclesial, deriva íntegramente de la primera. Si debemos acoger nuestra vocación laical como un don de Dios, entonces tenemos que habitar abiertamente en el mundo hasta en sus rincones supuestamente más profanos o más seculares.

Tenemos que llevar el Reino a todos los terrenos del mundo, por minados que estén. Donde hay el poder del dinero, debemos comprometernos plenamente en nombre de la justicia del Reino. Donde hay el poder político, debemos estar enteramente comprometidos para servir a la fraternidad del Reino. Donde hay la creatividad artística, debemos estar completamente comprometidos para revelar la belleza del Reino. Donde hay la sexualidad, la pareja, la familia, debemos comprometernos totalmente para que el Amor tome cuerpo. Donde hay el juego, el ocio, el deporte, debemos comprometernos plenamente para que brille la gloria de Dios. Donde hay la ciencia y la educación, tenemos que comprometernos totalmente por el progreso del mundo. Donde hay asociaciones para la defensa y la promoción de los derechos humanos, debemos estar plenamente comprometidos para servir a los más pequeños y excluidos. Allí donde hay conflictos de trabajo, tenemos que comprometernos enteramente para servir a la paz y a la reconciliación en la verdad. Donde hay rechazo de Dios, de la religión, de la Iglesia; allí donde hay rechazo de ciertas clases de personas por parte de la institución eclesial; por todas partes donde hay deshumanización voluntaria o inconsciente; debemos estar totalmente comprometidos para que la muerte de Cristo dé su fruto en abundancia. Para vivir así libremente en el corazón del mundo, sin dejarse enredar en las redes que se cierran en el sólo horizonte de este mundo, debemos llegar a ser hombres y mujeres de discernimiento espiritual –como Ignacio de Loyola y Claudina Thévenet. No es un camino fácil, pero la verdad es que no hay otro camino posible para seguir a Cristo.

En fin, se impone una última condición para favorecer el resurgimiento de una verdadera espiritualidad laical. En realidad, en importancia, es la primera exigencia y ella sola es la que puede permitir la realización de las dos condiciones precedentes. Se trata de la necesidad de entregarse personal y radicalmente a la experiencia del Evangelio. Tan enteramente y con la misma pasión que las figuras fundadoras de nuestras familias espirituales. Las exigencias fundamentales de esta aventura espiritual son la escucha interiorizada de la Palabra de Dios y el discernimiento de la propia identidad espiritual, es decir, la acogida del Nombre de cada uno en Cristo o de la manera personal y única, en la historia de la humanidad, de encarnar la presencia de Cristo en el mundo.

# *Caminos para compartir carisma y misión en la educación*

*Extractos de una conferencia de Antonio Botana, fsc*

Hace poco más de 20 años comenzábamos a utilizar en la Iglesia, y más concretamente en el mundo de las congregaciones religiosas dedicadas a la educación, la expresión “*misión compartida*”.

Cuando hablamos de “*misión compartida*” sucede frecuentemente que la realidad a que nos referimos sea simplemente una tarea compartida, aunque esa tarea sea la educación, o incluso la educación cristiana.

Misión y carisma se iluminan mutuamente y nos señalan el horizonte hacia el cual debemos dirigirnos en la “*misión compartida*”:

- Si compartimos el carisma ponemos la misión en el contexto de la comunión, o más exactamente, en el misterio de comunión que define la esencia misma de la Iglesia, y entramos en una dinámica de comunión que alcanza a todos los que participan en la misión. Si compartimos el carisma entramos en la espiritualidad que descubre el sentido de la misión educativa y participamos también en el ministerio eclesial al que se refiere el carisma.
- La misión que compartimos desde el carisma es la misión de la Iglesia, la única misión que existe en la Iglesia y que todos los miembros de la Iglesia comparten. Es la obra de la evangelización en toda su amplitud, que mira a liberar y salvar a la persona humana considerada en todas sus facetas.
- El carisma que compartimos para el servicio de la misión es el don del Espíritu. El Espíritu es el auténtico protagonista de la misión de la Iglesia (EN 75, RM 21) y Él mismo es el Don que ha sido dado a la Iglesia para su misión.

Dentro del concepto “*misión compartida*” ha habido varias amplificaciones:

1. **La obra educativa.** La versión más reducida es la que limita la misión compartida a la participación de tareas dentro de la obra educativa.

2. **La misión del Instituto.** La versión más frecuente es la de “*compartir la misión del Instituto*”, donde se da por supuesto que los laicos vienen básicamente a colaborar en esta misión que “*es del Instituto*”, y por tanto, es de los religiosos/as. Los laicos sustituyen a los religiosos en ciertas tareas y funciones, pero los religiosos se reservan aquellas que parecen más pastorales, más evangelizadoras...

3. **La misión de la Iglesia.** La misión que se comparte es la misión de la Iglesia, la única misión, en la que tanto los religiosos como los cristianos laicos son llamados a colaborar juntos, al mismo nivel, sin precedencias de unos sobre otros. Cada uno aporta su propio carisma personal, su modo de vivir la vida cristiana.

4. **La misión del Reino de Dios.** Finalmente, la misión de la Iglesia rompe las fronteras de ésta y se convierte en la misión del Reino de Dios, en la que participan y son invitados a participar todos los creyentes de otras religiones, todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Son muchos los valores y los objetivos en los que se puede coincidir, entre unos y otros, respecto de la realización de la persona y de la sociedad.

Para desarrollar el proceso que conocemos con este nombre, “*Misión compartida*”, podrá ser útil considerarlo con esta imagen: red de caminos. No un camino único, y no sólo tramos de camino que vienen uno después de otro, sino una red de caminos.

La estrategia debe tener en cuenta tres planos complementarios que podemos representar abreviadamente de esta forma: *Pensar globalmente, actuar localmente, acompañar personalmente*.

1. **Pensar globalmente**, para evitar el quedar prendidos por la urgencia de lo inmediato y la dificultad de cada situación concreta.  
“Pensar globalmente” significa en este caso que tengamos en cuenta el desarrollo del relato colectivo que nuestro carisma fundacional está guiando en la Iglesia y al cual hay que dar continuidad con un nuevo capítulo que integra actores muy diversos.
2. **Actuar localmente**, porque es en cada lugar concreto, aquí y ahora, donde el compartir se hace efectivo.  
Todo comienza con una relación cercana, entre religiosos y laicos, de persona a persona, y de comunidad que acoge a las personas y comparte su experiencia de vida. Y en ese ambiente fraterno se integra la reflexión compartida sobre el desarrollo de los procesos personales.
3. **Acompañar personalmente**, porque cada persona debe hacer su camino, y hay que encontrarla y acogerla allí donde está, en su situación y actitud.  
Ahí comienza un itinerario que ha de conducir a la persona a descubrir y profundizar su vocación.

Ahora ya, con el marco que nos proporcionan estos tres niveles, demos un vistazo a la red de caminos que desarrolla el proceso de la misión compartida, pero comenzando por el nivel más inmediato, allí donde las personas se ponen en camino.

Pero es necesario subrayar un factor que determina decisivamente la diferencia en el resultado de este proceso de comunión para la misión: que los religiosos/as estén plenamente en el interior del proceso, a todos los efectos, y que la formación que se prodiga sea conjunta; religiosos/as y laicos se encuentran y tienen la experiencia de descubrir y compartir sus personas, su experiencia, su fe, desde sus respectivas identidades.

La misión compartida se desarrolla en cada lugar, en cada obra educativa, en cada grupo de educadores, como un *proceso de comunión para la misión*. Es un proceso lento, y consiste en una continua creación de *lazos* entre las personas, y de las personas con la misión.

Los lazos han de promover, ante todo, la valoración mutua, la solidaridad y la corresponsabilidad; ésta es la actitud que da una base más sólida y firme a la misión compartida. Cuando estos lazos existen podemos hablar de *comunidad educativa*.

Luego (o al mismo tiempo) vendrán los lazos que desarrollan la comunión en la fe, imprescindibles para realizar un proyecto de evangelización. La meta es la creación de la *comunidad de fe*. Hay que encontrar a cada persona en su propia situación, ya sea de lejanía, de acercamiento o de profundización en la fe, desde una aceptación total y respeto a sus opciones, pero ofreciéndole al mismo tiempo nuevas perspectivas y puntos de referencia que le permitan proponerse otros umbrales en el camino de la fe.

Finalmente vienen los lazos que podríamos llamar *ministeriales*, que se establecen a medida que el educador creyente contempla su implicación en la misión a la luz de la fe; entonces descubre la misión como “lugar teológico”, en el que Dios se le revela y lo llama a través de las urgencias del Reino, de las necesidades humanas a las que atiende... Estos lazos reúnen a los educadores en torno a la obra de Dios, estimulan el compromiso mutuo y la experiencia de compartir el ministerio; conducen a la formación de la *comunidad ministerial* que se hace responsable de dar vida a la obra educativa desde el carisma fundacional.

Compartir hoy el carisma y la misión con los laicos en la educación, ya no puede quedarse reducido al ámbito local sino que aspira a desarrollar una nueva forma de comunión eclesial que incluya a todos los

participantes en el carisma y en la misión en cualquier sitio que estén y en las diversas formas de vida cristiana e, incluso, de otras religiones.

Evidentemente, la vida interna de los religiosos y religiosas dedicados a la educación ha de quedar profundamente afectada, y tienen que situarse en este nuevo ecosistema eclesial de un modo muy diferente al tradicional, no sólo en las relaciones inmediatas con los laicos que comparten la misión en la obra concreta, sino también en el modo de constituir las relaciones a nivel provincial e institucional. Los religiosos/as aceptan que ni poseen en propiedad el carisma ni son los únicos responsables de la misión, y al mismo tiempo tienen un papel propio, profético, que deben cumplir dentro del conjunto, y liderar la iniciativa de impulsar el movimiento de compartir carisma y misión.

La misión compartida pone en marcha una nueva entidad territorial correspondiente a la Provincia, Delegación, Distrito, o como llamemos a las agrupaciones de comunidades de nuestra congregación. En esta nueva agrupación se incluyen las comunidades de religiosos, de laicos, y también las de religiosos y laicos juntos que ya comienzan a surgir, motivadas siempre por un mejor servicio a la misión.

Desde el concepto de *comunidad ministerial*, al que nos hemos referido en el anterior nivel, podemos comprender el sentido de estas nuevas agrupaciones territoriales así como el más universal de *Familia evangélica o carismática*. Tanto en un caso como en otro se trata de *la comunión de comunidades unidas por un mismo carisma y responsables ante la Iglesia de la misma misión*. Estamos lejos, pues, de pensar en una familia de lazos simplemente afectivos o piadosos. El motivo de esta Familia (universal o territorial) y de los que la integran es la misión que tienen encomendada desde la fidelidad creativa que deben al carisma fundacional.

Y con esta motivación surgen nuevas estructuras (consejos y asambleas con representación de religiosos y laicos en igualdad de derechos en cuanto a voz y voto), distintas de las que servían para el funcionamiento de la "provincia religiosa", mediante las cuales se intenta realizar las funciones que se espera de esta agrupación carismática de comunidades:

- Discernir juntos las necesidades de la misión y la mejor forma de dar respuesta.
- Fomentar la relación humana y, desde ella, la comunión entre las comunidades y entre los miembros de las comunidades.
- Organizar la formación en el carisma institucional para que llegue a todos sus miembros.
- Promover la elaboración corresponsable de los proyectos y la actuación subsidiaria entre todos los que comparten la misión. Proceder a la evaluación de las obras educativas ya existentes, para asegurar que responden a las necesidades de la misión y a los requerimientos del carisma.
- Estimular entre sus miembros el sentimiento de pertenencia, a la Provincia y a la Familia carismática, a la historia viva originada por el carisma.

*"Hoy se descubre cada vez más el hecho de que los carismas de los fundadores y de las fundadoras, habiendo surgido para el bien de todos, deben ser de nuevo puestos en el centro de la misma Iglesia, abiertos a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios." Es la constatación de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada en su documento "Caminar desde Cristo", n. 31, en el año 2002.*